

Yo suelo olvidar, y por eso siempre quedo como un pelotas en los cócteles de intelectuales, hasta qué punto los últimos cincuenta años han sido dedicados a reflexionar sobre el Poder. Aunque lo de reflexionar no es del todo exacto: se ha reflexionado, pero sobre todo se ha rapsodiado, digamos, se han ensayado variaciones dramáticas en torno a un único, obsesivo tema: el horror al poder.

W.G. Sebald recuerda que para Elias Canetti el poder no debía considerarse –como lo hacen los historiadores– como cosa propia del mundo natural, sino como patología. Poder y paranoia, para el autor de *Auto de fe*, son dos caras de lo mismo: el tirano rodeado de murallas, a quien legitima el bosque colmado de enemigos, le parece la imagen arquetpica del poder. ¿Y cuál es la meta del tirano?

Pues la total previsibilidad, el orden absoluto, es decir la muerte. El poder expulsa más allá de las murallas al desorden para construir su propio sepulcro. De ahí que Hitler amara tanto las pirámides egipcias: el Groß-Berlin, la capital imperial que le diseñó Speer, no preveía ninguna casa, ningún comercio, ningún espacio comunal: era una necrópolis.

Que la experiencia del nazismo haya inspirado estas reflexiones no me extraña; más me desasosiega Canetti (y con él sus coetáneos de la Escuela de Frankfurt) cuando vincula, vía Hitler, a toda forma de orden con la tiranía.

Que San Theodor Adorno perdone mi ignorancia, pero eso siempre me sonó a sofistería. Evidentemente, construir la mesa sobre la que escribo requirió alguna forma de violencia; hubo que ejercer poder sobre el árbol, y sobre algunos músculos, intervino el poder financiero bajo la forma de unos salarios y actuó el poder de la lija y el barniz y etcétera, para llegar a esta modesta parcela de orden.

Pero la “violencia” ejercida sobre lo inanimado o lo inhumano no puede, salvo que juguemos con las palabras, entenderse igual que la violencia aplicada a individuos.

Además, de dónde saca Canetti que el desorden es lo propio de la vida.

Lo que más abunda en el universo es el desorden, lo que más abunda es la muerte,

y lo excepcional es justamente lo organizado, lo orgánico, lo vivo.

Hasta del arte desconfiaba Canetti –de su propio arte– por asco al poder.

“Toda obra es una violación, por su simple masa”, apuntó.

“Hay que encontrar otros medios, más limpios, de expresarse”.

Y yo confieso que en este punto mi mala conciencia, que me acosa en cuanto abro un libro de Canetti, se dispara ya sin remedio.

Es verdad, pienso compungido, yo también busco en el arte la acumulación de poder.

Basta recordar cuáles fueron las primeras formas de arte que gocé.

Porque antes de solazarme en los mundos ordenados de Tolstoi o de Pynchon,

lo hice en la rectitud de Spiderman o en los saltos del increíble Hulk.

No contento con el poder, admiré los superpoderes.

El poderoso Thor, el Capitán América, el Hombre de Hierro, Lobezno, Rondador Nocturno:

expresión infantil de veleidades autoritarias,

mi larga afición por los superhéroes quizá pruebe mi esencial conformismo.

¿Hablamos de otra cosa?

Gonzalo Garcés
Buenos Aires · 74

superhéroes
g. garcés

superhéroes